

El rostro del hotel en horario continuo

El que no quiere participar: se le respeta a la primera — y se le respeta de verdad, no con la insistencia simpática de cada mañana que acaba siendo acoso con música. Un «aquí estamos si le apetece» único, y a partir de ahí el trato de siempre: saludo, sonrisa y cero presión. La paradoja del oficio es que ese huésped, tratado así, muchas veces acaba apareciendo el jueves por decisión propia — y si no aparece, también ganaste: su reseña dirá que en este hotel se puede descansar. La animación se ofrece; jamás se impone. Es la burbuja de la ficha 19 con altavoces.

El que no te suelta: es cariño y es un riesgo — el animador monopolizado desatiende a cuarenta. Se gestiona con afecto y estructura: dale un papel («¿me ayudas a arrancar el torneo? tú a este equipo»), convierte su energía en parte de la actividad, y usa la retirada honesta con cita: «te dejo, que me toca el aquagym — nos vemos en la petanca a las cinco.» Nunca la huida ni el desprecio: ese huésped entusiasta es tu mejor altavoz del hotel.

Y el patrón común a los dos: el animador profesional reparte su presencia como el camarero reparte la sala — nadie invisible, nadie en propiedad. La energía es tuya; la agenda, de todos.